

VIII

Nicole Legay

Gilberto había pasado todo el tiempo que duró el interrogatorio de Bálamo en inexplicables agonías. Agazapado bajo la caja de la escalera, porque no se atrevía ya á subir hasta la puerta, para escuchar lo que hablaban en la sala roja, acabó por caer en una desesperación cuya explosión, gracias á los arrebatos de un carácter como el suyo, debía sin duda producir el desenlace. Aumentábase esta desesperación con el convencimiento de su flaqueza é inferioridad. Bálamo no era más que un hombre. Porque Gilberto, espíritu fuerte, filósofo en agraz, creía poco en brujas. Pero ese hombre era fuerte, y Gilberto débil; ese hombre era valiente, y Gilberto no lo era aún. Veinte veces se levantó para subir la escalera con intención de habérselas con el barón, si preciso era, y otras tantas le flaquearon sus trémulas piernas cayendo de rodillas.

Una idea le ocurrió entonces, la de ir por una escala de que La Brie, que era á la vez cocinero, paje y jardinero, solía servirse para poner en espaldera los jazmines y madreselvas. Aplicándola contra la galería de la escalera y puesto sobre ella, no debía perder uno solo de los rumores reveladores que con tanto ardor ansiaba sorprender.

Corrió, pues, á la antesala, pasó al patio y luego al

sitio en donde sabía que estaba echada la escala, al pie de la muralla, pero al bajarse para cogerla, parecióle sentir algún roce del lado de la casa, y se volvió.

Entonces, dilatada su pupila en la oscuridad, creyó ver pasar á través del negro cuadro de la puerta abierta una forma humana, pero tan rápida y muda, que más bien parecía un espectro que un ser viviente.

Dejó caer la escala, y adelantóse hacia el castillo palpitándole el corazón.

Hay imaginaciones supersticiosas por necesidad: éstas son de ordinario las más ricas y más exaltadas; las que dan más asenso á la fábula que á la razón, y que, arrastradas por sus instintos hacia lo imposible, ó cuando menos hacia lo ideal, hallan que lo natural es demasiado vulgar. Así, se encantan de un hermoso bosque sombrío, porque las bóvedas tenebrosas deben hallarse pobladas de fantasmas ó de genios. Los antiguos, que tan grandes poetas fueron, soñaban con esas cosas en medio del día, sólo que, como el sol, foco de ardiente luz de que nosotros sólo tenemos, por decirlo así, un reflejo, proscriben la idea de las larvas y fantasmas, habían ideado las risueñas Driadas, y las ligeras Oreadas.

Gilberto, hijo de un país nebuloso en que las ideas son más lúgubres, creyó ver pasar una visión. Esta vez, á pesar de su incredulidad, recordó lo que le había dicho la mujer de Bálamo al marcharse. ¿No podía el nigromante haber evocado alguna fantasma, cuando tenía el poder de arrastrar al mal al mismo ángel de la pureza?

Sin embargo, Gilberto tenía siempre un segundo movimiento peor que el primero, el de la reflexión. Llamó en su auxilio todos los argumentos de los espíritus fuertes contra los espectros, y el artículo *espectro*

del *Diccionario filosófico* le dió cierto aliento, causándole un miedo mayor, pero más fundado.

Si efectivamente hubiese visto á alguno, debía ser una persona perfectamente viva, y sobre todo interesada en venir á espiar de aquella manera.

Su terror le indicó á M. de Taverney, su conciencia le sugirió otro nombre.

Miró al segundo piso del pabellón. Como hemos dicho, la luz de Nicole estaba apagada, y ningún rayo de luz atravesaba los vidrios.

Ni un soplo, ni el menor ruido, ningún resplandor en toda la casa excepto en el cuarto del extranjero. Miró, escuchó, y como no viese ni oyese nada, volvió á coger la escala, bien convencido entonces de que había tenido los ojos turbados, como un hombre cuyo corazón late con demasiada presteza, y de que aquella visión era una intermitencia del sentido de la vista, más bien que un resultado del ejercicio de sus facultades.

Cuando hubo colocado su escala y al poner el pie en el primer peldaño, se abrió y cerró la puerta de Bálamo, dejando pasar á Andrea, que bajó sin luz, sin ruido, cual si un poder sobrenatural la guiara y sostuviera.

Andrea llegó de esa suerte al descanso de la escalera, pasó por junto á Gilberto, á quien rozó con su vestido, en la sombra en que estaba envuelto, y siguió su camino.

M. de Taverney dormido, La Brie acostado, Nicole en el otro pabellón, y la puerta de Bálamo cerrada, garantían al joven contra toda sorpresa.

Hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y siguió á Andrea encajonando su paso en el de ella.

Andrea atravesó la antesala y entró en el salón; Gilberto la seguía con el corazón despedazado, pero se

setuvo, aunque la puerta había quedado abierta. Andrea fué á sentarse en el taburete que estaba junto al clave, sobre el cual seguía ardiendo la bujía.

Gilberto se desgarraba el pecho con sus crispadas uñas. ¡ Aquel era el mismo sitio en que una hora antes había él besado el vestido y la mano de aquella mujer, sin que ella se enojase! ¡ Allí era en donde había esperado, en donde había sido dichoso! Sin duda la indulgencia de la joven nacía de una de esas hondas corrupciones como las que Gilberto había leído en las novelas que formaban el fondo de la biblioteca del barón, ó de una de esas traiciones de los sentidos, como las que él había analizado en ciertos tratados fisiológicos.

— ¡ Y bien! murmuraba fluctuando entre estas ideas. Si es así, yo explotaré esa corrupción como los demás, ó me aprovecharé de esa sorpresa de los sentidos. ¡ Y puesto que el ángel arroja al viento su vestido de candor, sean para mí algunas trizas de su castidad!

Esta vez Gilberto había tomado su resolución; se lanzó hacia el salón, pero al pasar el umbral, salió de la sombra una mano que le agarró enérgicamente por el brazo.

Volvióse Gilberto espantado, y parecióle que el corazón le salía del pecho.

— ¡ Ah! esta vez te he atrapado. ¡ Infame! dijo al oído una voz irritada. Trata aun de negar que acudes á una cita suya; niega aun que la amas....

Gilberto no tuvo siquiera la fuerza de sacudir su brazo para arrancarlo de las garras que lo sujetaban. Sin embargo, la presa no era tan fuerte que no se pudiese romper, pues era simplemente el puño de una joven; en fin, quien tenía á Gilberto prisionero. era Nicole Legay.

— Veamos, ¿qué quiere usted aún? preguntó en voz baja y con impaciencia.

— ¡Ah! tú quieres que te hable recio, á lo que parece, articuló Nicole con toda la plenitud de su voz.

— No, no; al contrario, quiero que calles, respondió Gilberto apretando los dientes y arrastrando á Nicole á la antesala.

— Pues bien, entonces sígneme.

Esto era lo que quería Gilberto, porque siguiendo á Nicole se alejaba de Andrea.

— Sea, sigo á usted, dijo.

Y marchó efectivamente detrás de Nicole, la cual le condujo al parterre, echando la puerta tras sí.

— Pero, dijo Gilberto, la señorita va á entrar en su cuarto, la llamará á usted para ayudarla á desnudar, y no estará usted allí.

— Mucho se engaña usted á fe mía, si cree que me cuido de eso en este momento. ¿Qué me importa que me llame ó no? Necesito hablarle á usted.

— Nicole, podría usted dejar para mañana lo que tiene que decirme: la señorita es severa, bien lo sabe usted.

— ¡Ah! ciertamente, le aconsejo que sea severa, y particularmente conmigo.

— Nicole, mañana prometo á usted.....

— ¡Me prometes! Lindas son tus promesas, y bien se puede contar con ellas. ¿No me habías prometido aguardarme hoy á las seis al lado de la Casa-Roja? ¿En dónde estabas á esa hora? Al lado opuesto, pues fuiste tú quien ha traído al viajero. Tanto caso hago yo ahora de tus promesas como de las del director del convento de las Anunciadas, que tenía hecho juramento de guardar el sigilo de la confesión, y se iba á contar todos nuestros pecados á la abadesa.

— Nicole, reflexione usted que la pondrán en la calle si notan.....

— ¿Y á usted? ¿no despedirán al amante de la señorita? ¿No le costará mucho al barón el hacerlo!

— ¿Á mí? dijo Gilberto tratando de disculparse, ningún motivo hay para despedirme.

— ¡Verdaderamente! ¿Le habría autorizado á usted para hacer la corte á su hija? No le creía tan filósofo como todo eso.

Gilberto podía probar á Nicole con una sola palabra, que si era culpable, á lo menos no había complicidad de parte de Andrea. Le bastaba contarle lo que había visto, y no obstante lo incrédula que era Nicole, gracias á esa buena opinión que las mujeres tienen unas de otras, sin duda le hubiera creído. Pero una idea más profunda detuvo al joven en el momento de la revelación. El secreto de Andrea era de aquellos que enriquecen á un hombre, ora desee éste los tesoros del amor, ora ambicione otros tesoros más materiales y positivos.

Los tesoros que ambicionaba Gilberto eran los de amor. Calculó que la cólera de Nicole no era tan peligrosa cuanto era apetecible la posesión de Andrea. Hizo al instante su elección, y guardó silencio sobre la singular aventura de la noche.

— Veamos, puesto que lo quiere usted absolutamente, expliquémonos, le dijo.

— ¡Oh! eso será cosa muy pronta, exclamó Nicole, cuyo carácter, diametralmente opuesto al de Gilberto, no le dejaba dominar ninguna de sus sensaciones; pero tienes razón, estamos mal en este aposento; vamos á mi cuarto.

— ¡Al cuarto de usted! exclamó Gilberto asustado, imposible.

— ¿Y por qué?

— Nos expondríamos á una sorpresa.

— ¡ De veras ! replicó Nicole con una sonrisa desdenosa, ¿ quién nos sorprendería, la señorita ? En efecto, debe estar celosa de este elegante caballero. Por desgracia suya, no son temibles las personas cuyo secreto se sabe. ¡ Ah ! ¡ la señorita Andrea celosa de Nicole ! Nunca me hubiera prometido tan alto honor.

Y una sonrisa forzada terrible, como el zumbido de la tempestad, alteró á Gilberto mucho más que si le hubiera dirigido una invectiva ó una amenaza.

— No es de la señorita de quien tengo miedo sino de usted.

— ¡ Ah, sí ! es verdad, usted me ha dicho siempre que cuando no había escándalo, no había ningún mal. Los filósofos son jesuítas algunas veces. Eso que me dice, y aun antes que usted me lo dijese, me lo decía el director de las Anunciadas ; por eso da usted sus citas nocturnas á la señorita. ¡ Vamos, vamos ! dejémos de razones tan frívolas como esas... venga usted á mi cuarto, yo lo quiero.

— ¡ Nicole ! replicó Gilberto rechinando los dientes.

— ¡ Y bien ! dijo la joven, ¿ después ?.....

— ¡ Cuidado contigo !

É hizo un ademán amenazador.

— ¡ Oh ! no tengo miedo ; usted me ha golpeado una vez, pero fué porque estaba celoso. Entonces me amaba usted : fué á los ocho días de nuestro hermoso día de miel, y me dejé golpear ; pero hoy no me dejaré. ¡ No, no, no ! porque usted no me ama ya, y soy yo la que está celosa.

— ¿ Y qué harás ? preguntó Gilberto agarrando el puño de la joven.

— Daré tantos gritos, que la señorita preguntará á usted con qué derecho le da á Nicole lo que sólo á ella

le debe en este momento. Suélteme usted, pues ; se lo aconsejo.

Gilberto soltó la mano de Nicole. Luego, cogiendo su escala y arrastrándola con precaución, fué á colocarla fuera del pabellón, de modo que llegase casi á la ventana de Nicole.

— He aquí lo que es el destino, dijo ésta ; la escala que probablemente debía servir para subir al retrete de la señorita, servirá buenamente para bajar del chiribitil de Nicole Legay. Es una lisonja para mí.

Nicole se sentía la más fuerte, y por lo mismo se apresuró á triunfar con esa precipitación de las mujeres que, á no ser realmente superiores en el bien ó en el mal, siempre pagan cara esa primer victoria proclamada demasiado pronto.

Gilberto había sentido lo falso de su posición, y en su virtud seguía á la joven reuniendo todas sus facultades para la lucha que se preparaba. Y primero, como hombre cauto, se aseguró de dos cosas. La primera, al pasar por delante de su ventana, de que la señorita de Taverney seguía en el salón ; la segunda, al llegar al cuarto de Nicole, de que podía, sin exponerse demasiado á romperse el espinazo, llegar al primer pedazo y de allí deslizarse hasta el suelo.

En cuanto á la sencillez, el cuarto de Nicole no se diferenciaba del resto de la habitación. Era un desván cuyas paredes habían desaparecido bajo un papel gris de dibujos verdes. Su mueblaje se componía de una cama de tijera y de un gran geranio colocado cerca de la buharda. Además, Andrea había prestado á Nicole un enorme cartón que le servía de cómoda y de mesa á la vez.

Sentóse Nicole en la orilla de la cama, y Gilberto sobre el ángulo del cartón.

Nicole se había calmado al subir la escalera, y dueña

ya de sí misma, se sentía fuerte, mientras Gilberto, por el contrario, temblando aun de pies á cabeza por las escenas anteriores, no podía recobrar su sangre fría, y conocía que redoblaba su cólera á medida que parecía mitigarse la de la joven por la fuerza de su voluntad.

Hubo un instante de silencio durante el cual Nicole fijó en Gilberto su vista ardiente é irritada.

— ¿Así, le dijo, usted ama á la señorita y me está engañando?

— ¿Quién le dice á usted que yo amo á la señorita? replicó Gilberto.

— ¡Diantre! usted tiene citas con ella.

— ¿Quién dijo á usted que es con ella con quien he tenido una cita?

— Entonces ¿con quién tiene usted que ver en el pabellón? ¿con el nigromante?

— ¡Tal vez! usted sabe que yo tengo ambición.

— Diga usted envidia.

— Es lo mismo, echado á buena ó mala parte.

— No hagamos de una discusión de cosas una discusión de palabras. Usted no me ama, ¿no es verdad?

— Sí tal, amo á usted siempre.

— Entonces ¿por qué se aleja de mí?

— Porque cuando usted me encuentra, siempre me promueve disputas.

— Precisamente promueve disputas, porque no hacemos más que encontrarnos.

— He sido siempre huraño, y me gusta la soledad, como usted sabe.

— Sin duda, y se busca la soledad con una escala... Perdóne usted, ignoraba eso.

— Gilberto era derrotado en este primer punto.

— Vamos, vamos, sea usted franco, si puede, Gil-

berto, y confiese que ya no me ama, ó que nos ama á las dos.

— Y bien, si así fuese, dijo Gilberto, ¿qué diría usted?

— Diría que es una infamia.

— Nó, sino un error.

— ¿De su corazón?

— De nuestra sociedad. Hay pueblos en que sabe usted que cada hombre tiene hasta siete y ocho mujeres.

— Esos no son cristianos, respondió Nicole con impaciencia.

— Son filósofos, repuso solemnemente Gilberto.

— ¡Oh, señor filósofo! ¿Así no llevaría usted á mal que yo hiciese lo que usted, que tomase un segundo amante?

— No querría ser injusto y tiránico con usted; no querría reprimir los impulsos de su corazón... la santa libertad consiste especialmente en respetar el libre albedrío... Cambie usted de amor, Nicole; yo no podría forzar á usted á una fidelidad que, á lo que creo, no está en la naturaleza.

— ¡Ah! exclamó Nicole. Usted ve bien que ya no me ama.

La discusión era el fuerte de Gilberto, no porque su espíritu fuese precisamente lógico, pero era paradójal. Además, por poco que supiese, siempre sabía más que Nicole... Ésta no había leído sino lo que le parecía divertido... Gilberto no sólo había leído lo que le parecía divertido, sino lo que creía útil.

Así, pues, Gilberto comenzaba á recobrar con la discusión la sangre fría que iba perdiendo Nicole.

— ¿Tiene usted memoria, señor filósofo? preguntó Nicole con una sonrisa irónica.

— Á veces, respondió Gilberto.

— ¿Se acuerda usted de lo que me ha dicho hace

cinco meses, cuando llegué de las Anunciadas con la señorita ?

— No; pero recuérdemelo usted.

— Me dijo usted : « ¡ Yo soy pobre ! » era el día en que leíamos juntos el *Tanzaï* bajo una de las bóvedas del antiguo castillo derruido.

— Bien, continúe usted.

— Usted temblaba mucho aquel día.

— Es posible; soy de un natural tímido, pero hago cuanto puedo por corregirme de ese y otros defectos.

— De suerte que cuando usted se haya corregido de todos sus defectos, dijo riendo Nicole, será usted perfecto.

— Cuando menos seré fuerte, porque la sabiduría es la que hace la fuerza.

— ¿ Me quiere usted decir en dónde ha leído usted eso ?

— ¿ Qué le importa á usted ? Volvamos á lo que yo le decía bajo la bóveda.

Nicole conocía que iba perdiendo su terreno.

— Pues bien; me decía usted : « Yo soy pobre, Nicole; nadie me ama, no saben que tengo algo aquí dentro; » y señalaba usted su corazón.

— Se engaña usted, Nicole; si yo señalaba alguna cosa al decir eso, no debía ser mi corazón, sino la cabeza. El corazón no es más que una bomba comprimente destinada á enviar la sangre á las extremidades. Lea usted el *Diccionario filosófico*, artículo *Corazón*.

Y Gilberto se levantó con aire de satisfacción. Humillado delante de Bálamo, se hacía orgulloso delante de Nicole.

— Tiene usted razón, Gilberto, debía ser la cabeza la que usted señalaba. Decía usted, pues, señalando la cabeza : « Me tratan aquí como á un perro alano, y aun Mahón es más afortunado que yo. » Entonces le

respondí á usted, que no tenían razón en no amarle, y que si usted fuese mi hermano, yo le amaría. Me parece que le respondí esto con mi corazón y con mi cabeza; pero puede que me equivoque, pues no he leído el *Diccionario filosófico*.

— No ha tenido usted razón, Nicole.

— Entonces me cogió usted entre sus brazos : « Es usted huérfana, Nicole, » me dijo usted; « nuestra miseria y abyección nos hacen más que hermanos; amémonos, pues, Nicole, como si en realidad lo fuésemos. Además, si efectivamente lo fuésemos, la sociedad nos prohibiría el amarnos como yo quiero que usted me ame. » Y diciendo esto, me abrazó usted.

— Es posible.

— ¿ Y pensaba usted en lo que decía ?

— Sin duda. Siempre piensa uno en lo que dice, en el momento de decirlo.

— De suerte que hoy.....

— Hoy tengo cinco meses más; he aprendido cosas que ignoraba; adivino que no sé aun. Hoy pienso de otro modo.

— ¿ Luego usted es un faiso, un embustero, un hipócrita ? exclamó Nicole colérica.

— Ni más ni menos que un viajero á quien preguntan en el fondo de un valle lo que piensa del paisaje, y al que le hacen la misma pregunta cuando ha llegado á lo alto de la montaña que le cerraba su horizonte. Abarco un paisaje más extenso; he ahí todo.

— ¿ De suerte que no se casará usted conmigo ?

— Jamás lo he dicho que me casaría con usted, respondió Gilberto con desprecio.

— ¿ Pues bien, muy bien ! exclamó la joven exasperada; ¿ me parece que Nicole Legay vale tanto como Sebastián Gilberto !

— Todas las personas valen tanto unas como otras,

dijo Gilberto, sólo que la naturaleza ó la educación ha puesto en ellas valores diversos y facultades diferentes, y se alejan unas de otras según se desarrollan esos valores ó esas facultades.

— De manera que, teniendo usted facultades y valores más desenvueltos que los míos, se aleja usted de mí

— Naturalmente; usted no raciocina todavía, Nicole, pero comprende ya.

— ¡ Sí, sí ! exclamó Nicole exasperada.....

— ¿ Qué es lo que usted comprende ?

— Que es usted un pícaro.

— Es posible. Muchos nacen con malos instintos, pero tienen la voluntad para corregirlos. Rousseau había nacido también con malos instintos, y sin embargo se corrigió. Yo haré como Rousseau.

— ¡ Oh, Dios mío, Dios mío ! exclamó Nicole, ¿ cómo he podido yo amar á semejante hombre ?

— Así, usted no me ha amado, Nicole, repuso friamente Gilberto; le agradé á usted, y nada más. Usted salía de Nancy, en donde no había visto más que pensionistas que la hacían reír, ó militares que le causaban miedo. Éramos jóvenes los dos, inocentes ambos, y deseábamos dejar de serlo. La naturaleza hablaba en nosotros con su voz irresistible. Hay alguna cosa que se enciende en nuestras venas cuando tenemos deseos; una inquietud cuyo remedio busca uno en los libros, y que se aumenta con ellos. Leyendo juntos uno de esos libros, se acordará usted, Nicole, sucedió, no que usted ha cedido, puesto que yo nada le pedía ni me rehusaba usted nada, sino que hemos hallado la explicación de un enigma. Durante uno ó dos meses, la explicación hallada era: ¡ felicidad ! Durante un mes ó dos, hemos vivido en lugar de vegetar. Si hemos sido felices dos meses el uno por el otro, ¿ quiere esto decir que debíamos ser eternamente infelices el uno

por el otro ? Vamos, Nicole, si uno contrajese semejante compromiso al dar y recibir la felicidad, tendría que renunciar al libre albedrío, y eso sería absurdo.

— ¿ Me está usted explicando filosofía ? preguntó Nicole.

— Lo creo, respondió Gilberto.

— Según eso, ¿ no hay nada sagrado para los filósofos ?

— Sí hay; la razón.

— De manera que yo, que quería ser una joven honrada.....

— Dispense usted: es ya demasiado tarde para eso.

Nicole palideció y se puso encarnada como si una rueda hiciese á cada gota de su sangre dar la vuelta por todo su cuerpo.

— Honrada para con usted, dijo. Siempre es una casada honrada, me decía usted para consolarme, cuando es fiel al que su corazón ha elegido... ¿ Se acuerda usted de esta teoría sobre los matrimonios ?

— He hablado de las uniones, Nicole, puesto que no me casaré nunca.

— ¿ No se casará usted nunca ?

— No. Quiero ser un sabio y un filósofo. La ciencia ordena el aislamiento del alma, y la filosofía el del cuerpo.

— Señor Gilberto, dijo Nicole, usted es un miserable, y creo que aun valgo más que usted.

— Resumamos, dijo Gilberto levantándose, porque estamos perdiendo el tiempo, usted en decirme injurias, y yo en escucharlas. Usted me ha amado, porque así le agradó, ¿ no es verdad ?

— Sin duda.

— Y bien; no es una razón para hacerme á mí desgraciado, el que usted haya hecho una cosa de su gusto.

— ¡ Necio, dijo Nicole, me cree pervertida y aparenta que no me teme !

— ¡ Temer á usted, Nicole ! ¡ Tontería ! ¡ qué puede usted contra mí ? Los celos la extravían.

— ¡ Los celos ! ¡ yo celosa ! replicó la joven con febril sonrisa. — Mucho se engaña usted si me cree celosa. ¿ Y de quién tendría yo celos ? dígame usted. ¿ Hay en todo el cantón una muchacha como yo ? Si tuviese las blancas manos de la señorita, y las tendré el día en que deje el trabajo, ¿ no valdría tanto como ella ? Mi pelo... mire usted mi pelo, — y la joven desató la cinta que lo sujetaba, — mi pelo puede cubrirme de pies á cabeza como una capa. Soy alta, bien hecha, — y Nicole cogió su cintura entre ambas manos. — Tengo unos dientes como perlas, — y miró sus dientes en un espejito colgado á la cabecera de su cama. — Cuando quiero sonreír á alguno y mirarle de cierto modo, veo que se ruboriza, que tiembla y se retuerce bajo mi mirada. Usted es mi primer amante, es verdad ; pero no el primer hombre con quien he sido coqueta. Mira, Gilberto, continuó la joven más amenazadora con su sonrisa forzada que lo habría estado con sus vehementes amenazas, tú te ries. Créeme, no me obligues á hacerte la guerra ; no me hagas salir de repente del estrecho sendero en que aun me retienen no sé qué vago recuerdo de los consejos de mi madre, y no sé qué monótona prescripción de mis oraciones de infancia. Si una vez abandono el pudor, ten cuidado contigo, Gilberto, porque no sólo tendrás que echarte en cara las desgracias que te resulten, sino también las que resulten á los demás.

— En buen hora, dijo Gilberto, ahora ha llegado usted á cierta altura, Nicole, y estoy convencido de uno cosa.

— ¿ De qué cosa ?

— De que si consintiese en casarme con usted ahora.....

— ¡ Y bien !

— Y bien ; sería usted quien rehusase.

Reflexionó Nicole ; luego, crispadas sus manos, rechinando los dientes :

— Creo que tienes razón, Gilberto, le dijo. Creo que también yo comienzo á trepar por esa montaña de que tú me hablabas ; creo que también yo veo ensancharse mi horizonte ; que también yo estoy destinada á ser alguna cosa ; y en verdad que es demasiado poco ser la mujer de un sabio ó de un filósofo. Ahora, vuelva usted á su escala, Gilberto, y trate de no romperse el cogote, aunque empiezo á creer que sería una dicha para los otros, y tal vez para usted mismo.

Y la joven, volviendo las espaldas á Gilberto, comenzó á desnudarse como si estuviese sola.

Gilberto quedó un instante inmóvil, indeciso y vacilando porque Nicole, excitada por la poesía de la cólera y la llama de los celos, estaba encantadora. Pero en el corazón de Gilberto había un designio irrevocable, el de romper con Nicole. Ésta podía perjudicarle en sus amores y en su ambición á la vez. ¡ Resistió !

Al cabo de algunos segundos, como Nicole no oyese ningún ruido detrás de sí, se volvió... el cuarto estaba vacío.

— ¡ Se fué ! murmuró, ¡ se fué !

Corrió á la ventana ; todo estaba oscuro, la luz se había apagado.

— ¡ Y la señorita ! dijo Nicole.

Luego bajó la escalera de puntillas, se acercó á la puerta del cuarto de la señora, y escuchó.

— ¡ Bueno, dijo, se ha acostado sola y está durmiendo ! Hasta mañana. ¡ Oh, yo sabré si ella le ama